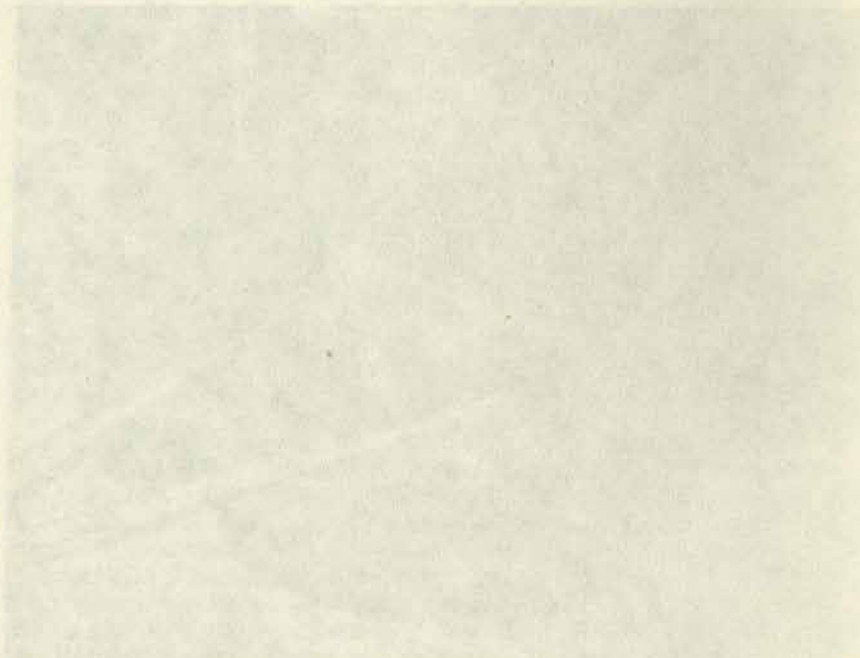


Faint, illegible text at the top of the left page, possibly a title or introductory paragraph.



Faint text block below the large dark area on the left page.

### Faint section header or title on the left page.

Faint text block at the bottom of the left page.

## HERNANDO TELLEZ EN UN DIA DE SU EVOCACION

Por Jorge Ochoa Ochoa

Faint introductory text above the book illustration.



Main body of faint text on the right page, surrounding the book illustration.

Faint text block at the bottom of the right page.

## HERNANDO TELLEZ EN UN DIA DE SU EVOCACION

Por Jorge Castaño Castillo

Creía más en los hombres que en sus obras porque sabía que a través del prodigio de la personalidad se extraen fácilmente los zumos eximios de la experiencia humana.

Fui más amigo analítico que compañero suyo, aun cuando nos acercó en la vida un extenso periplo de episodios trascendentales que marcaron y mantuvieron honda proyección en la parábola de movimiento que el destino fijara a cada uno en determinado camino de su individual misión, dentro del ejercicio de deberes impuestos por circunstancias que la suerte extendió, como una cinta metálica, en largos espacios de nuestro tiempo juvenil. Muy poco he escrito para los demás, desposeído felizmente de vanidades figurantes y carentes del sentido profesional que seres mejor dotados imponen a la expresión de sus espíritus. Pero recordar y atraer hacia mis recordaciones a Hernando Téllez, aun cuando significa una concentración de angustia, también me libera de mis propios prejuicios.

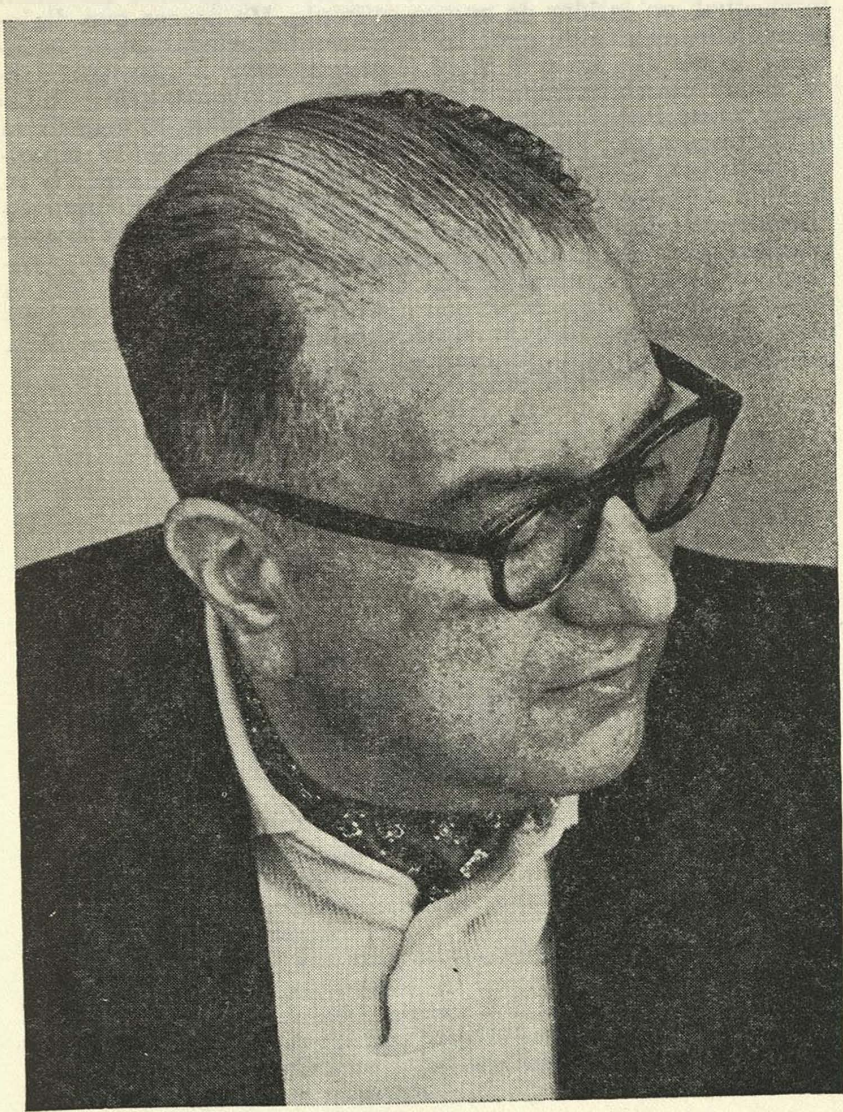
Mis ideas pueden ser audaces porque no hieren la presuntuosa personalidad de mis congéneres en la indecisa lucha cotidiana. Puedo decir que a Hernando Téllez le conocí y amé, mucho más, mucho mejor a la distancia que en la intimidad, mejor y más aún por convicción que en la jugueteante experiencia del diálogo que él manejaba con maestría, y todavía más ampliamente en la emotiva sensación del énfasis que era tan persuasivo en su carácter íntimo, animado por la gracia esotérica de su fulgurante imaginación crítica. La telepatía ótea misteriosamente desde nuestro yacente silencio hasta la órbita de los seres entrevistados y nos guía por los caminos del presentimiento, reflexión anímica de una segunda naturaleza en desdoblamiento magnífico de la imaginación y de la psiquis, que susurra con su impresencia lentas inspiraciones en la quietud del duermevela, como si en esas horas fuésemos el mejor amigo de nosotros mismos, los únicos confidentes de los sueños sin sueño... Me-

dante este proceso espiritualizado me acerqué a Hernando Téllez mucho más que en la tertulia cordial que él amaba con sutil sentido de la oportunidad, sin buscarla con afán, pero dejándose encontrar al lado de la risa mecánica de los tipos de imprenta, en ágil gimnasia de frases breves, epilogadas por la sonoridad de sus voces, un tanto sarcásticas y siempre sugerentes como un calificativo de su fina expresión, mientras los ojos sugerían, con destello pertinaz, el dinámico argumento.

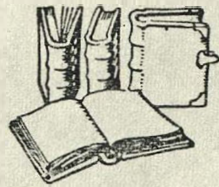
Cuando nos encontrábamos, una contagiosa comprensión, una real afinidad nos unía en recobro de evocaciones del juvenil pasado y de la cierta identidad mental que nos tornaba coincidentes hacia atrás y en el instante, de toda interpretación sobre acaeres políticos, sociales y hasta sentimentales. La amistad grande carece de rubores. Fue aquel un prodigio latente, un impresionante paralelismo intelectual y moral que anhelé describir dolientemente, con veraz emoción, desde una de aquellas sombras huérfanas de murmullos y de imágenes, bajo la cual nos agobia la desesperanza del silencio presente como vacía sensación de insomnio ante su muerte, para muchos prematura, para todos desconcertante.

Hernando en su distancia, en su mundo sabio de filósofo de las situaciones de la comedia humana, entre sus libros ordenados como un fraternal batallón del pensamiento en perenne estrategia de creación y de análisis sobre los meandros y las vanidades, era una de las más opulentas reservas intelectuales del país, un centinela frío de la ética, un crítico honesto de todo fenómeno en que interviniera la inteligencia, bien o mal ubicada por la imposición de la hora o la movilización contradictoria de la problemática nacional. Para mí fue el más definido hermano espiritual en los juicios y angustias del pensamiento íntimo y de la duda eterna. Era un maestro de todo calificativo que sabía lanzar al auditorio con segura destreza y sin temor al enervamiento ajeno.

Utilizaba el humor como un cordial ligado con ácidos ligeros que disolvían lo trascendental y exagerado. Usaba el adjetivo perfecto sin intención docente y definía las situaciones y los hechos sin proponérselo, como suele ocurrir a los maestros. Cristiano absoluto, sentimental en sus afectos, amaba la franqueza como elementos de juicio y de consejo para orientar certeramente los teoremas de la inteligencia hacia soluciones indiscutibles. Su límpida euforia ejercía el oficio de catalizador en las amargas y obsesadas tesis de controversia que le planteaban y él disolvía, enfervorecido, en una rápida expresión de ingenio. Generoso amigo, adoptaba para sí el dolor en las horas de ansiedad desconcertadas que sucedían al tránsito hacia otras galaxias de compañeros suyos. En la mitad del alba se entremezclaron nuestras evocaciones ante la yerta sombra de otro compañero que tampoco regresaría más.



Su nerviosa vitalidad fue tanto un contraste como una aparente negación de la muerte, porque él sabía operar el prodigio de alejarse de lo dramático en rápido viraje hacia las zonas del razonamiento en las cuales su filosofía proustiana realizaba sugerentes e inquietantes malabares subjetivos. A su lado se realizaba la hazaña de convertir la tertulia en respetable certamen intelectual, en calidez de mutuo estímulo. Me parece que dialogamos aún en una de aquellas tabernas historiadas de la Canebière, frente al vino y al Mare Nostrum, sobre la plazoleta desde donde marchó Rouget de L'Isle con sus vagabundos iluminados, hacia París, portando la antorcha para siempre encendida de La Marsellesa. Más tarde la sala modesta del ilustre tabloide de Alberto Lleras volvió a unirnos en distante misión. Ni su antiguo Remington ni el Puerto Viejo de Marsella nos juntarán nuevamente porque al igual de muchos camaradas nos encontramos esperando el turno irreversible en la antesala del reencuentro cierto, mientras somos llamados a redactar la última crónica sobre el viaje total, que ojos amados leerán calladamente, desdibujando el epílogo de nuestro nombre, apenas una cifra, que ya no podremos refrendar con la firma.



## Soneto de Desagravio a mi Alma

(INEDITO)

*¡Alma! Qué pena verte prisionera  
entre el barro que amaso cada día.  
¡Polvo de destrucción, lágrima mía  
no vuelvan a empañar tu luz primera!*

*Cada mañana al despertar quisiera  
—a pesar de la muerte que me espía—  
tornar mis huesos flautas de alegría  
y la rosa marchita en primavera.*

*La más dulce palabra, el mejor vino,  
la más hermosa amiga y su desvelo,  
buscaré en lo que falta del camino.*

*De ahora en adelante tienda el suelo  
tibio lecho de amor al peregrino,  
mientras te restituyo al alto cielo.*

Jorge Rojas

## Embriaguez

(INEDITO)

*Unos beben como idiotas,  
otros beben como salvajes,  
yo bebo como un dios.  
Cuánto presente inmenso pones ante mis ojos,  
¡sed insaciable!*

*La mujer que amé, la guerra que batallo,  
la gloria que ansío,  
todo está en mí, presente e indivisible.  
Déjame que te ame, fecunda embriaguez,  
total presencia de todos mis actos,  
negación de transcurso.*

*¿Qué importa que en torno mío  
se hable de la muerte?*

Jorge Rojas